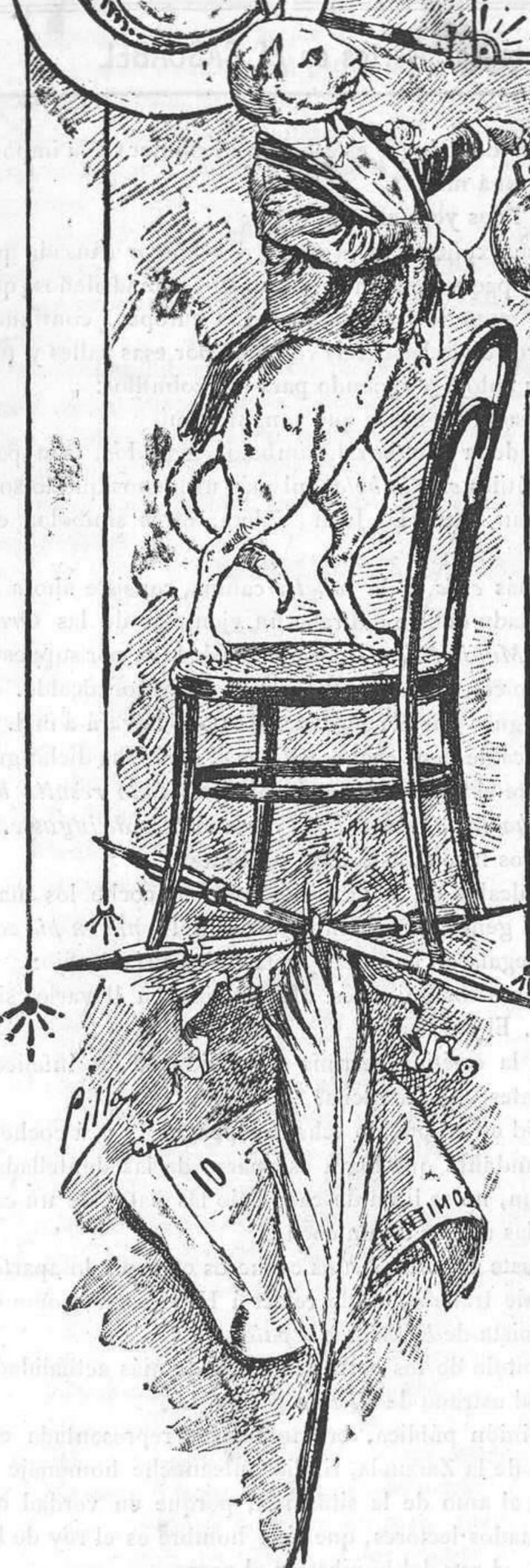


LA CASCABEL



Núm. 4.º EPOCA TERCERA Año I.

SILUETAS, por Mecachis.

NUESTROS PICADORES



En pisando la arena del redondel, boca abajo tó el mundo, (incluso él).

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).
 Cavia (D. Mariano de).
 Jackson Veyan (D. José).
 López Silva (D. José).
 Palacio (D. Eduardo de).
 París (D. Luis).
 Paso (D. Manuel).
 Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Sierra (D. Eusebio).
 Taboada (D. Luis).
 Torromé (D. Rafael).
 Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
 Cilla (D. Ramón).
 Escaler (D. Ramón).
 González (D. Melitón).
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL

CRONICA



No tengo el honor de conocer á los señores mastines del general Pando—muy perros suyos y de mi mayor respeto;—pero dudo mucho que excedan en talla física, moral é intelectual, á otros dos señores alanos, que momentos antes de ponerme á escribir las presentes líneas, he visto pasar por mi calle.

Ignoro si éstos pertenecen también á algún general, y si venían, como los del general Pando, de acreditar su dignidad profesional devorando á un niño... Lo que sé es que estaban perfectamente dispuestos á devorarlo: ambos perros venían sin cadena y sin bozal.

El bozal y la cadena se reservan en estos tiempos para los periodistas.

¡Si al menos se nos prescribiera el empleo de estas utilísimas trabas, de estas prudentísimas limitaciones, de estas convenientísimas medidas de precaución, en las nunca bien ponderadas *Ordenanzas Municipales!*... Otro gallo nos cantara entonces á los *hijos de nadie* (como llamó D. Cándido Nocedal á los periodistas) y *padres de todos* (como los llamo yo).

La autonomía periodística no tendría entonces nada que envidiar á la autonomía perruna, cuyo grado máximo de esplendor y florecimiento en Madrid, acaban de marcar los señores mastines del general Pando, ofreciéndose en medio de la calle el banquete de un muchacho de 13 años.

No digo que nosotros nos lanzáramos á devorar niños; pero, vamos, alguna que otra niñera, ya caería.

Entre tanto, tascamos el freno y contemplamos con envidia la libertad, mejor dicho, los privilegios de que disfruta *el príncipe perro*, como dijo Laboulaye.

Mientras el proletario infeliz y el burgués modesto contemplan con terror el encarecimiento de la carne, el aristocrático mastín y el opulento alano la tienen á su disposición tierna, fresca, sana, jugosa... y gratuita.

¿Ustedes han leído en alguna de las reseñas de la hazaña llevada á cabo por los perros del general Pando,

que haya dado lugar este hecho ni siquiera á la imposición de una multa?

¿No? Pues yo tampoco.

Así se explica que, á pesar del horror causado por aquella «pequeñez» en el ánimo de los madrileños, que todavía creen vivir en una ciudad europea, continúen los perros de todas castas vagando por esas calles y plazas á su antojo y diciendo para sus colmillos:

—Dejad á los niños que vengan á mí.

La cadena y el bozal, símbolos sagrados, son para ellos inútiles *chirimbolos*, ni más ni menos que lo son, ó lo eran, para D. Juan Valera, otros símbolos excelsos.

Lo más *chic* de la *toilette* canina, consiste ahora en llevar atado debajo del rabo un ejemplar de las *Ordenanzas Municipales*. Un ejemplar de lujo, por supuesto; ilustrado con un excelente retrato del señor alcalde.

De seguro que el señor alcalde no lo llevará á mal. El señor alcalde tiene coche, y *desde el coche* (ha dicho gráficamente el señor obispo de Madrid) *todo resulta bonito, y hasta las desgracias parecen cosa de juguete*.

¡Así nos luce el pelo á los peatones!

Si el alcalde de Madrid vió desde su coche los mastines del general, momentos antes del *tente en pie* con que se regalaron en mitad de la calle, diría de fijo:

—¡Hermosos animales! Hacen bien en llevarlos sin bozal... El bozal afea.

Entre la estética perruna y la vida de los infelices transeuntes, ¿quién vacila?

Madrid es un pueblo echado á perros... y á coches.

El viandante que logra escaparse de las dentelladas de un can, no se libra de caer bajo las patas de un caballo y las ruedas de un coche.

Pero este capítulo de los cocheros es capítulo aparte, y antes de tratarlo, he de releer á Hipócrates, como el protagonista de *El médico á palos*.

El capítulo de los perros es ahora de más actualidad, gracias al estreno de *El Rey que rabió*.

La opinión pública, brillantemente representada en el teatro de la Zarzuela, rindió anteanoche homenaje y pleitesía al amo de la situación; porque en verdad os digo, amados lectores, que si el hombre es el rey de la creación, el rey del hombre es el perro.

Pocos espectadores dejaron de aplaudir desde las primeras escenas el arte de Ramos Carrión, los chistes de Vital Aza y la música de Chapí; pero esos pocos (pues siempre hay gente huraña y descontentadiza) se entregaron sin reservas, apenas vieron en las tablas al fiel compañero del hombre.

—Primero atraviesa el perro la escena... Aplausos en toda la línea.

Después, ladra... Aplausos y bravos.

Después, muerde al tenor... Aplausos, bravos, carcajadas inmensas y gritos delirantes.

Parodiando una frase célebre, pueden decir los autores de *El Rey que rabió*:

—Decididamente, lo mejor del hombre es el perro.

Los egipcios dedicaron al perro una ciudad de la Tebaida que se llamaba Cinópolis.

Según Aristóteles y Plutarco, hubo en Etiopía una extensa comarca, cuyos habitantes elegían por rey á un perro.

¿Para qué más Cinópolis que Madrid, ni para qué más realcía canina que la que contemplamos?

¡Qué excelentes soberanos... si no mordieran y rabiaran!

Pero tranquilicémonos con respecto á la importante salud de nuestros perros y señores, y cuidemos más bien de nosotros mismos; porque como dice discretamente el general de *El Rey que rabió*:

—Hoy ya no rabian los reyes. Los que rabian son los súbditos.

MARIANO DE CÁVIA.

JUICIO DE CONCILIACIÓN

Era *tío Chaquetón* flamenco puro,
desde su infancia naturá primera,
dedicao por amor y por prensipio
al comersio é las bestia,
que si es cosa sensiya pa er profano,
es menester muchisma inteligencia,
sobre to pa ayegar aonde ayegaba
aquer móstruo, é color de la canela.
Er, de un jaco partió de riñone,
un potro componía pa la feria,
marchando más mejó que una barbiana
de esas que ar más conoseor marean.
Profesó en er ramo de dentista,
lo mesmo echaba á un jaco un par de muelas,
que toa la dentisión, sin conoserse.
¿Y en er pelo? Tenía una paleta
que ni er gran Rafaé, no Lagartijo,
el de Urbino, Velasques y Ribera,
comparaos con er, en los colores,
eran niños de teta.
Gorvía negro á un tordo, y á un castaño
perlino ú bayo, como er gusto juera
der que quisiá mercarse un potro güeno,
una alhaja der tóo, sin doler prenda.
En poyinos... por fin, baste desirse
que les echaba orejas,
y que ni er mismo padre, supongamo,
hubiá reconosió uno siquiera.
Ocurrió que un arriero ayegó un día
buscando un animá pa su faena;

un burro é güen andar, y, por su suerte,
con er *tío Chaquetón* dió de primeras.

Jísose er trato, cuando ya aburrío,

iba er gitano á abandoná la impresa,

porque había agotao el repertorio

de hipréboles y lujos de poeta,

pa pintarle er poyino al ordinario;

pero por fin, quedó serrá la venta.

Cobró er *tío Chaquetón* ocho ú dies pesos,

y ca cuar se marchó pa sus jasiendas.

Cuando ar día siguiente, ar sé de día,

ayegó un arguasi, tocó en la puerta

de ca er *tío Chaquetón*.

—¿Qué ocurre, niño?

preguntó éste, asomando la cabeza

por una ventaniya.

—Pus susede,

que el arcarde me manda pa que vengas,

respondió er menistril.

—¿Y aónde es eso?

—Miá tú que no lo sé: vamos.

—Pues, ea,

¡ayá voy! Se vistió, salió á la caye

y ambos á dos se jueron pa la audensia.

Pues era que el arriero había visto

que aquel burro venía sin la lengua.

—¡Es una picardía, es una infamia!
gritaba sin pará.

—Tenga pruesnia,

dijo el arcarde, que se hará justisia.

¿Cómo ha jecho usté asín, de esa manera,

por engañarle? ¿No sabe usté que tiene

por esa picardía, una condena?

Con que er *tío Chaquetón*, dijo al arcarde:

—Perdóneme vuesensia:

Yo he vendió un poyino á este sujeto

¿Me pidió un académico é la legua?

Pues si vendí poyino y ahí lo tiene,

¿qué quería, un cantante de sarsuela?

EDUARDO DE PALACIO.

CARTA DE UN OBRERO

(IRONÍA)

Hermano Perico:

Mañana que es fiesta,

con Lola y la Chata

te aguardo en las Ventas;

allí comeremos

sabrosas chuletas,

pues la *señá* Rita

las tiene muy frescas;

nos *alumbraremos*,

y de sobremesa

pondré en el tapete

cuestiones muy serias:

cuestiones más gordas

que aquel Aguilera,
 que me dió una plaza
 de ronda secreta.
 Mas, vamos al grano;
 a cuestión es esta:
 Ya el día primero
 de Mayo se acerca,
 y debemos, todas
 las clases obreras,
 correr por las calles,
 dejar las faenas,
 gritar y dar brincos,
 en fin, una *juerga*,
 con lo cual el pueblo
 se explaya y se alegra,
 y va consiguiendo
 mejorar su estrella,
 que hoy puede ser tinta,
 según es de negra.
 Habrá diez contusos
 y veinte carreras,
 y muchos relojes
 que corran sin piernas;
 habrá descabros
 estruendo, reyertas,
 tumulto, apreturas,
 pues verás escenas
 que en aprieto pongan
 á varias... doncellas.
 Al día siguiente,
 que no será fiesta,
 yo cojo el cepillo
 y tú la piqueta,
 tú vas á tu obra,
 yo voy á mi tienda,
 y al otro domingo,
 de nuevo en las Ventas
 comemos los cuatro
 sabrosas chuletas;
 con lo cual los yerros
 del mundo, se enmiendan;
 comprende el Gobierno
 que tenemos fuerza,
 resulta que somos
 temible potencia,
 y logran su dicha
 las clases obreras.

RAFAEL TORROMÉ.

MÁQUINAS INFERNALES

Hay una porción de sistemas para hacer el café.
 Las patronas lo hacen en un puchero, que sirve indis-
 tintamente para cocer el repollo y para guisar el bacalao
 á la vizcaina. Las personas elegantes usan máquinas

complicadísimas, y los cafeteros adoptan el procedimien-
 to del filtro, merced al cual, en vez de café, resulta un
 brebaje obscuro que sabe á demonios.

Muchos sujetos, amantes de los adelantos, han perdi-
 do la tranquilidad á causa de las cafeteras que ahora se
 venden, porque no hay medio de entenderlas; y á lo
 mejor se echa el agua en un recipiente y el café en otro,
 y á las dos horas sale por el grifo una cosa así como po-
 mada de brea, ó bien se descompone la máquina y
 ¡pum! revienta un tubo, sembrando la alarma en la fa-
 milia.

Más de una vez nos han convidado á almorzar en
 casa de D. Gregorio, que es un caballero muy amable,
 dueño de una cuantiosa fortuna, hecha con el sudor de su
 rostro, como dice él. Cuando tenía apenas 14 años, se
 fué á Puerto Rico en clase de bruto, y allí, cargando sa-
 cos de café y barriendo la tienda, consiguió reunir algu-
 nos miles de pesos; después se casó con una criolla color
 de aceituna, y por último se vino á España con la referi-
 da criolla y tres chiquillos y una negra y dos loros. Hoy
 vive en un excelente cuarto de la calle del Arenal, y sue-
 le dar comidas á los amigos de confianza.

Charito, que así se llama la esposa del indiano, es per-
 sona de escasas luces intelectuales, y á lo mejor, sin fijar-
 se en las conveniencias que impone la sociedad, dice á
 su consorte:

—Gorito, ráscame la espalda, que me pica. Gorito,
 ya me empiezo á doler el vientre.

O bien:

—Gorito, quitate esos calcetines que los vas á estro-
 pear, y son de los caros. Gorito, procura no toser, que
 salpicas la sopa.

Pues bien; D. Gregorio tiene una cafetera magnífi-
 ca, que figura una locomotora con su chimenea y todo,
 y en cuanto sirven el postre, ya está D. Gregorio en-
 cendiendo la máquina, con ánimo de hacer café y obse-
 quiarnos cumplidamente.

La negrita le ayuda en esta delicada operación, dicién-
 dole:

—Niño, aquí están los mixtos para que enciendas.
 Niño, ¿traigo el bote del café? Niño, ¿puedo echar el
 agua caliente?

Don Gregorio goza lo indecible con todas estas ope-
 raciones, y se pasa dos ó tres horas esperando que cueza
 el agua y que pase al depósito..., hasta que, cansado de
 esperar y viendo que se hace de noche, concluye por
 decir filosóficamente:

—¡Vaya! Se ha descompuesto la maquineta.

—¡Qué demontre!

—¡Qué lástima! —añadimos nosotros.

—Pues es de un sistema muy bueno, sólo que algunas
 veces no rige.

—Puede que consista en el tiempo. Con estas hume-
 dades todo anda torcido.

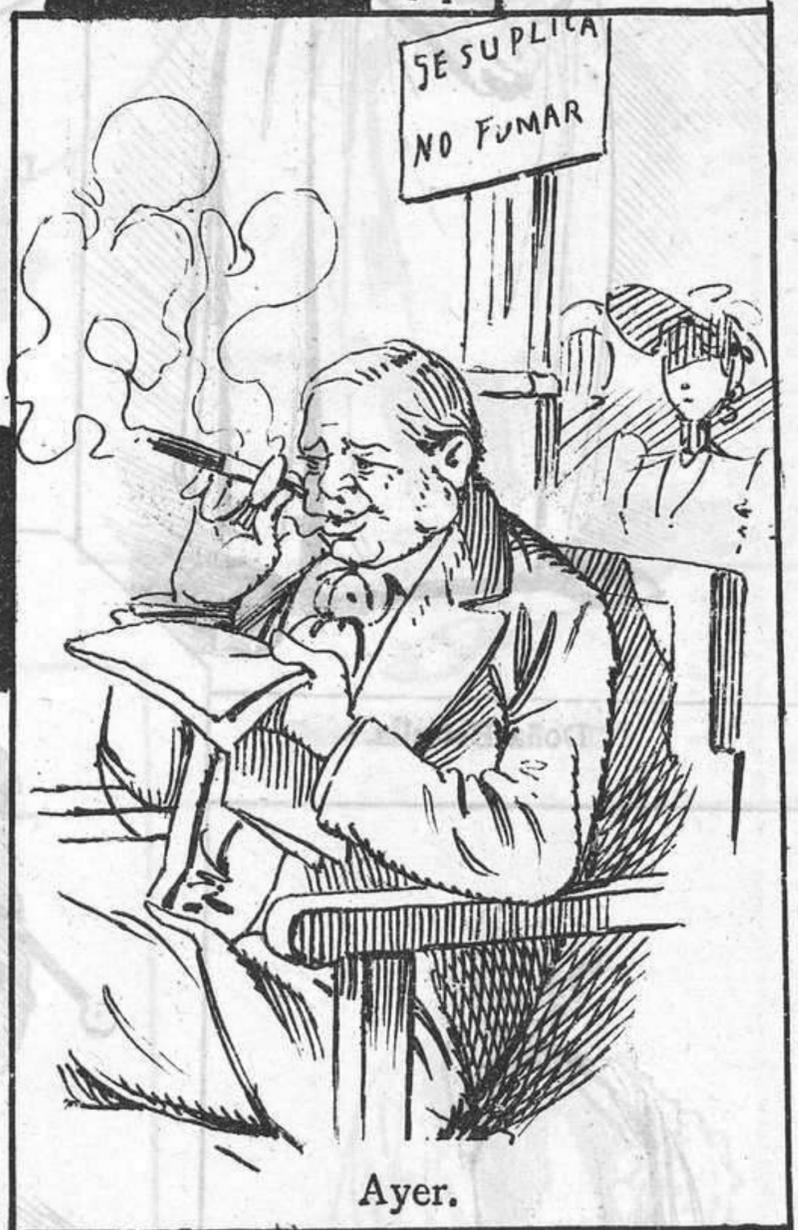
El caso es que todavía no hemos conseguido ver cómo
 funciona la tal maquineta, y ni una sola vez, entre las
 muchas que hemos almorzado allí, ha dejado de decir
 D. Gregorio dirigiéndose á la negrita:

—Pancha, lo mejor será que vayas al café y digas

EN EL TEATRO
(cuadro de costumbres feas.)



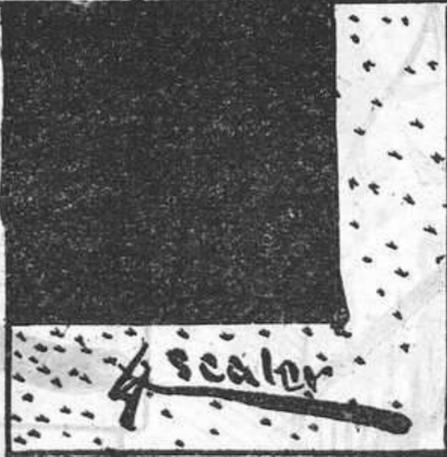
Anteayer.



Ayer.



Hoy.

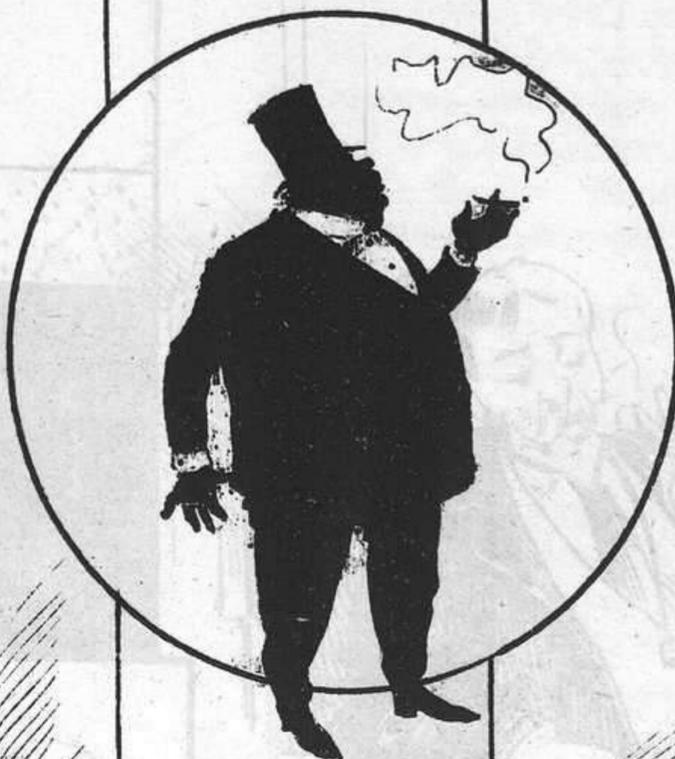


scalpel

CONTRASENTIDOS.



Doña Estrella.



D. Cosme Delgado.



D. Fernando Gallardo.



La Inocencia.



D. Saturnino Manso.



César Guerrero.

CONTRASENTIDOS.



D. Ramón Blanco.



Robustiano Bueno.



Pascual Bailón Alegre.



D. Silvestre Lobo.



D. Patricio Rico.



Anastasio Cordero.

CABOS SUELTOS



—¿Y qué te dijo el empresario?
—Que para tiple, tengo poca voz y poco pecho.

Ocho horas de descanso, ocho de paseo, ocho de bureo y... ocho jámenes.



—Catorce reales de multa, si vuelves á salir sin malla, ¿eh?



Así se retratan los recién casados.

que traigan dos. Con dos tendremos bastante ¿no les parece á Vds.?

—Sí, porque los sirven con mucha abundancia—añade la esposa.

Y tenemos que conformarnos con tomar café, procedente de la calle, donde, á Dios gracias, no hay maquillas.

Los que ignoran los inconvenientes de estos *artefactos*, como diría Rojo Arias, los buscan con la mayor ilusión, creyendo que así resuelven el problema de tomar buen café.

—Hay unas máquinas preciosas en la calle del Gato—dice un joven que está en relaciones amorosas con una señorita chata, vecina nuestra.

—Pues yo necesito comprar una—agrega la mamá de la supradicha.—No está bien que sigamos haciendo el café en un puchero.

—Eso es humillante—replica la joven.

—Camilito—añade la mamá dirigiéndose al novio de la chica.—Acompáñenos V. á la calle del Gato.

Y allá se dirigen todos.

—Enséñenos V. cafeteras de las mejores—es lo primero que dicen al dependiente.

Dos minutos después, el mostrador se halla cubierto de máquinas más ó menos infernales.

—Esta—dice el dependiente—es de las llamadas de salto. En este depósito se echa el café, cuidando de que quede en forma de pirámide, para que reciba por la parte de abajo la humedad benéfica del agua caliente. Al reunirse ambos elementos, comienza la ebullición, y entonces el café pasa por este tubito y va á parar al depósito central, donde se verifica la conjunción... Esta otra es una máquina rusa de aire comprimido.

—¿Dónde se coloca el aire?—pregunta la chica.

—El aire se forma solo, con auxilio del hidrógeno acumulado en este recipiente. El café se coloca aquí y aquí el agua, y debajo la lamparilla con espíritu de vino. También puede realizarse la ebullición por medio de una vela.

—¡Ay, qué bonito!—exclama la joven.

—Se ha adelantado mucho en este ramo—dice el novio con aire de superioridad científica.

—¿Quieren Vds. encender?—sigue diciendo el dependiente.—Pues aplican Vds. un fósforo á esta mecha. ¿Quieren Vds. apagar? Pues soplan.

—Sí, sí, comprendido—agrega la mamá.—¡Qué cosa tan fácil!

—Esta otra máquina es sencillísima, pero de resultados excelentes. El café se echa en esta campana de cristal, el agua en este recipiente y encima el espíritu de vino...

—Basta, basta, llevaremos ésta—grita la mamá, y después de regatear el precio del aparato y de darle cien vueltas, cargan con él y se dirigen á casa, donde proceden á probarle, con arreglo á las instrucciones del dependiente.

Pero ¡todo resulta en vano! El agua no cuece, ni pasa por el conducto de hoja de lata, ni se reúne con el café; lo único que sucede, es que revienta un tubito de cristal,

causando varios desperfectos entre los circunstantes. Al novio se le clava una esquila en la nariz y á la mamá se le inunda el rostro de agua caliente, haciéndola prorrumpir en gritos de dolor.

La joven, que es muy nerviosa, cae contra un sofá y se descalabra; acude una vecina, quiere apoderarse de la lamparilla de espíritu de vino y comienza á arder por los cuatro costados; sube la portera, y después de muchos esfuerzos consigue apagarlos á todos...

Al día siguiente, la mamá se levanta temprano y dice á su hija:

—Yo vuelvo pronto: si antes viniese el aguador dile que traiga dos cubas.

—¿Adónde vas?

—A comprar otro puchero para el café. No quiero más máquinas, aunque me las regalen.

LUIS TABOADA.

LOS DILLETANTI

Después de muchos apuros
y de sufrir un calvario
y de aceptar cuatro duros,
limosna del empresario,
medio ahogada por la pena
consiguió la pobre Rita,
salir una noche á escena
cantando la *Favorita*.

Yo no sé si lo hizo mal;
sólo sé que en el instante
se creó atmósfera tal
contra la pobre cantante,
que, perdida la esperanza,
empezó el siseo pronto,
y silbaron la romanza
y patearon el *raconto*.

¡Verdad es que no lucía
perlas, ni blondas, ni encajes,
ni brillante pedrería,
ni deslumbradores trajes,
sino que, por el contrario,
salió por primera vez
á pisar el escenario,
con modesta sencillez!

El público, hecho una fiera,
silbó á la desconocida,
pidiendo que no volviera
á cantar más en su vida;

lo consiguió, por la saña
con que gritó en su despecho...
¡y después de aquella hazaña
se quedó tan satisfecho!

* * *

Muy poco tiempo después,
pidieron los abonados
que trajeran, para un mes,
artistas muy afamados;
y al ver estas peticiones,
la Empresa, inmediatamente,
fijó enormes cartelones
que decían lo siguiente:

«¡Gran suceso que conmueve
y causa asombro profundo!
¡Va á debutar muy en breve
la gran cantante del mundo!

¡La Martini, sin igual!
¡La tiple por excelencia,
que no conoce rival
que le haga la competencia!

¡A la gente de buen tono
se advierte, sin dilaciones,
que desde hoy se abre un abono
por tres representaciones!»

Con anuncio semejante,
acudió toda esa gente
que por ser muy elegante
presume de inteligente,

y aunque la tarifa dada
era excesiva en verdad,
no quedó desocupada
ninguna localidad.

Llegó el día de la fiesta.
¡Cuántas luces! ¡Cuántas flores!
Inició un fuerte la orquesta
con ¡bravos! atronadores,

y arrogante y muy serena,
con ricos bordados de oro,
salió la *Martini* á escena
por la derecha del foro.

¡Qué cantante consumada!
¡Qué entusiasmo! ¡Qué ovación!
¡Cada nota una palmada,
cada frase una explosión!

¡Qué dulzura sorprendente!
¡Qué modo de frasear!...
En fin, lo más eminente
que se puede imaginar.

.....
Iba á cantar tres funciones
y las tres de *La Africana*;
mas, según revelaciones,
que me han hecho esta semana,

parece ser que de pronto
le dió una fiebre maldita,
y el director, que no es tonto,
la sustituyó con Rita,

que, aunque es un papel saliente,
como canta tan pintada,
al público *inteligente*...
se le larga *la tostada*.

¡Por esta equivocación
que no tuvo transcendencia,
le hizo en masa una ovación...
y se tragó la eminencia!

FIACRO YRÁYZOZ.

EL HÁBITO

I

Ya estaba concertado el matrimonio
de la preciosa Pura con Gonzalo;
pero como el demonio
goza lo indescrrible siendo malo,
y no se pasa día
sin que alguna endiablada fechoría
nos dé de su existencia testimonio,
hizo á Gonzalo abandonar á Pura
por una chalequera,
que, según me han contado,
era todo un dechado de hermosura,
capaz de hacer pecar á San Antonio,
suponiendo que ya no haya pecado.

II

¡Pobre chica! Llorando desolada,
lamentaba su acerbo desengaño,
y ante no sé qué imagen, prosternada,
ofrecióla llevar hábito un año,
á cambio de que hiciera
á Gonzalo volver arrepentido;
queriendo recobrar, de esta manera,
un amor que creía ya perdido
en la sima profunda del olvido.

III

Según entre la gente se asegura,
alguien hubo en el cielo
que dispensó su protección á Pura,
prestándola consuelo,
porque el infiel Gonzalo,
á despecho, tal vez, del angel malo,
volvió, de su pecado arrepentido,
más amante, más tierno y más rendido.
Yo no extraño, señores,
que fuese protegida con tal celo
Pura, por los celestes moradores,
porque sé, entre otras cosas,
que lo mismo en la tierra que en el cielo,
en materia de amores,
á las chicas hermosas
nunca suelen faltarles protectores.

IV

Aquella historia terminó en tragedia,
quiero decir, en boda,
que es como comunmente acaba toda
cuestión humana, en que Cupido media,

Por fin, Gonzalo y Pura,
después de mil zozobras y temores,
obtuvieron, de hinojos ante el cura,
la sagrada sanción de sus amores.

.....
Transcurrió el primer mes, y Pura, un día,
refirió á su marido,
de qué modo le había
aprisionado en sus amantes lazos;
y al saberlo Gonzalo, enfurecido,
¡el hábito rasgó en dos mil pedazos!

MANUEL SORIANO.



En el número anterior pasó sin corregir una enmienda, en la composición de Limendoux.

En la última redondilla dice:

«¡Adiós! Y ya sabe V.
que tengo un gusto especial...»

Y debe decir:

«¡Adiós! Y ya sabe que
tengo un placer especial...»

Y aunque Vds., con su buen criterio, habrán conocido, etc., etc., hacemos la advertencia por si acaso.

*
*
*

A nuestros colegas de provincias, salud:

Siendo de 4 á 5.000 los periódicos que nos han honrado solicitando el envío recíproco, y no queriendo hacer una edición especial para cambios, porque esto sería abusar de los plegadores, rogamos á dichos periódicos que perdonen á EL CASCABEL esta consideración que tiene con sus operarios.

*
*
*

Recortamos de un diario, el de mayor circulación de España:

«Dos pastores lorquines, que debieron ser perros antes que hombres, acometieron días pasados á Blas Navarro, y á dentellada limpia le infirieron varias heridas.»

Que debieron de ser políticos, después de ser hombres, querría decir el noticiero.

Y si no, que sustituyan la estatua actual de Cervantes con otra hecha de turrón, y veremos si dura seis horas.

O una sesión, que es lo mismo.

*
*
*

Anuncio:

«Flor de ramillete de bodas...: no conoce rival para crear, RESTAURAR y conservar la belleza.»

Lo trasladamos á nuestras lectoras para que subvencionen al anunciante, á ver si deja de ofender con tanto descaro al bello sexo.

Porque suponer que las novias necesitan al casarse líquidos *restauradores* y *conservadores*, es declararlas sospechosas.

Y francamente...

*
*
*

Pero en anuncios, ningunos como los de *El Diario de Zaragoza*, periódico fundado en 1797:

«Coso, 54, tercero izquierda, se necesitan una costurera y una aprendiz para chalecos.»

Lo cual prueba el florecimiento de la industria zaragozana.

Porque aquí no hacen falta anuncios para que acudan á centenares.

¡Hay tantas oficiales desocupadas en el oficio ese de la sastrería!



Sr. D. P. B. G.—Oviedo.—El soneto está bien versificado, pero el final no resulta. Creo que tiene V. una de las tres condiciones: la segunda.

Sr. D. R. C.—Madrid.—Veamos:

«Sintióle allí una niña que *ocultada*
escuchaba sus cánticos, sus amores.
Con sus manos intentó hacerle *presa*;
y él, más astuto que un chiquillo,
consiguió desasirse de la *presa*.»

Usted quiso hacer endecasílabos, ¿verdad? Pues le han salido buñuelos.

Sr. D. P. M.—Madrid.—Articulitos á mí? No, no señor; de ninguna manera.

Sr. D. J. M. A.—Madrid.—Bueno; veremos si se puede.

Pirindola.—La *siempre viva* es lindísima, pero muy sentimental. Lo demás, descuidado y sin *saliente*.

Cascabelitos.—Algo servirá, aunque poquito. Envíe la firma.

William he Wizard.—No puedo resistir á la tentación:

«Desesperado se hallaba,
por no venirle el zapato;
el pobre hombre bufaba,
y á poco más le da un flato.
Al verlo su amada esposa,
acudió solícita al momento,
y dijo:—¡Cuánto lo siento!
¿Quieres un poco cerato? (simple).»

Usted lo ha dicho. Hay que estudiar muchísimo.

Sr. D. A. M.—Gracias, y no hay por qué. Entra en turno.

El de *La tempestad*.—Si es V. muy joven, continúe; mas si pasa de los 15 Abriles, ¡rompa, por Dios, la *p'ñola*!

Lo primero, el honor.



No, *pus* aunque me ase, quiero que vea *esa* las posturitas que me traigo.

ANUNCIOS

EL CASCABEL

SEMENARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado é ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA ESPAÑA

Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 12.

PRECIOS DE VENTA

Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.
A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.
No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, núm. 6 duplicado
(TELÉFONO NÚM. 473)

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN
LIBRERÍA DE D. FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA

IMPRESORES DE LA REAL CASA

CALLE DE SAN ISIDRO, 6 DUPLICADO

MADRID

Especialidad en la impresión de trabajos administrativos y comerciales.

Ilustraciones, revistas, periódicos, tarjetas, billetes, programas, prospectos, etcétera, etc.

IMPRESIÓN ESMERADA Y PRECIOS ECONÓMICOS

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa, calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.